

057. Los regenerados

Todos sabemos que en la India misteriosa se dan muchos hombres y mujeres místicos, adoradores piadosísimos de Dios, pensadores profundos. Por eso, las historias que nos hablan de aquellas misiones católicas en la India están llenas de anécdotas y hechos bellísimo que nos hacen pensar mucho.

Y traigo aquí, para empezar nuestra charla de hoy, la de aquel viejo paria que se bautizó a los ochenta años. Pasa el tiempo, un visitante católico va a la iglesia para la Misa del Domingo, y al ver a aquel viejecito que sonreía feliz, y cuya vida avanzaba inexorable hacia el fin, le pregunta:

- ¡Hola! ¡Qué cristiano tan fiel a su edad, el más veterano seguramente! ¿Cuántos años tiene usted?

El interrogado redobla su sonrisa, y responde con algo de malicia al extranjero curioso:

- ¡Dos años! Yo tengo dos años nada más.

Extrañado el otro, repone:

- Por lo visto, los años de la India son un poco más largos que los nuestros. En Europa no tienen más que trescientos sesenta y cinco días...

- ¡Oh, sí! Como los nuestros. Y, sin embargo, yo no tengo más que dos años. Usted tiene mucha más edad que yo.

- *Habrà de explicarse usted.*

- Mire usted, señor. Empecé a vivir en la presencia de Dios y por Dios al recibir el Bautismo, hace ahora dos años. Lo anterior era una vida de muerte.

Este encantador hindú se ha colocado en la teología cristiana más antigua, en la de los mismos Apóstoles, que llamaban a los bautizados —muy adultos ya— verdaderos infantes, como lo hace Pedro en su Primera Carta (1,23): *Sois como niños recién nacidos, hambrientos de la lecha del Espíritu, para crecer con ella en vuestra salvación.*

Y es que, efectivamente, los apóstoles consideraron siempre el Bautismo como un nuevo nacimiento. El primero, el de la naturaleza, contaba muy poco. El mismo Pedro ha escrito unas líneas antes: *Habéis renacido no de semilla corruptible, sino incorruptible por la palabra del Dios vivo, la cual permanece por toda la eternidad.* Y así Pablo y Santiago en sus cartas. Con lo cual no hacen sino reproducir el pensamiento y la palabra del mismo Jesús a Nicodemo: *En verdad te digo: quien no renazca del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de los cielos* (Juan 3,5)

El bautizado ha dejado de tener la condición anterior. Siendo la misma persona, con su mismo cuerpo y su misma alma, se le ha sobrepuesto una naturaleza nueva, pero no como un vestido que se echa encima y deja al hombre igual. Eso del vestido no es más que una comparación muy imperfecta.

El Bautismo hace mucho más que el vestido: el vestido da nueva apariencia, pero no cambia la realidad de la persona. Mientras que el Bautismo nos transforma radicalmente. No hay fibra de nuestro ser que no haya sido penetrada de la vida divina. Cuando San Pablo dice: *Los que habéis sido bautizados os habéis revestido de Cristo Jesús*, quiere decir que el cristiano ha de manifestar siempre la vida de Cristo que lleva dentro.

Podríamos explicar esto de muchas maneras, pero nos faltan a veces las expresiones adecuadas. Aunque podemos poner algunos ejemplos:

Por el Bautismo recibimos nuevos *ojos*. Es la vista de fe. Con esos ojos vemos las cosas de Dios desde una dimensión antes desconocida e insospechada.

Por el Bautismo recibimos nuevo *corazón*. Ahora somos capaces de amar a Dios como Dios se ama a Sí mismo y nos ama a nosotros. Igual que podemos amar a los hombres como los ama Dios. Desaparece en el cristiano la simple filantropía, convertida en caridad divina.

Por el Bautismo recibimos la *filiación* divina, es decir, los que antes éramos hijos de un hombre y de una mujer, ahora somos en realidad hijos e hijas de Dios, con todos los derechos del Hijo de Dios, pues nos mete en la herencia eterna de Jesucristo.

Es lástima que durante mucho tiempo se haya perdido esta conciencia dentro de nosotros. La Iglesia, consciente de lo que es la Gracia suprema de Dios, la fe y el Bautismo —pues de esta primera Gracia vendrán después las demás gracias, como la Eucaristía o el Matrimonio y hasta la Vida Eterna—, consciente la Iglesia de lo que esto significa, con una nueva Evangelización y con una catequesis también muy actualizada, quiere que vivamos conscientemente, amorosamente y responsablemente la gracia bautismal.

Nosotros, los bautizados, estamos convencidos de que somos diferentes de los demás. Hemos nacido a una vida que los otros no tienen.

¿Es esto causa de orgullo? No; muy al contrario. Es causa de un enorme sentido de responsabilidad. El pagano será juzgado como pagano, y el cristiano como cristiano.

Cuando en la Iglesia primitiva y en la de los primeros siglos se vivía el Bautismo con esta conciencia, los cristianos vivían el Bautismo con orgullo santo, es verdad. No sabían cómo agradecer esta Gracia de Dios. Pero, por eso precisamente, eran tan rigurosos con los que dejaban su fe bautismal o llevaban una conducta no conforme con su compromiso.

Y esta conciencia de la propia dignidad los convertía en apóstoles decididos. La gracia del Bautismo la querían para todos, porque para todos había venido Jesucristo al mundo y por todos había muerto.

¿*Cuántos años tengo?*, nos preguntamos ahora cada uno de nosotros. Y para respondernos seguros, miramos curiosos y felices el acta de nuestro Bautismo...